

El Buen Pastor
Composición viendo el lugar

Habiendo terminado los ejercicios espirituales, y siguiendo el proverbio *contemplata aliis tradere*, que en mi caso tal vez no sea más que una excusa para hablar, van aquí estas líneas dedicadas a mis hermanos sacerdotes¹. Espero que sean de provecho.

En la segunda semana nos tocó hacer tres contemplaciones de Jesús el Buen Pastor, con sus respectivas repeticiones, resúmenes y aplicaciones de sentidos. Los puntos, excelentes. Pero claro, era la misma composición de lugar para todos estos ejercicios, y ello me hizo pensar acerca de lo que podía estar pasando por la *vista imaginativa* de nosotros los ejercitantes, aun cuando la libertad del *tanto cuanto* estuviera siempre vigente. Con el cual pensamiento tejí una historia que se llama: *Contemplación del Buen Pastor, viendo unas cuantas veces el mismo lugar*. Y aquí va:

El pobre ejercitante no sabía qué más podía imaginarse. Había cubierto todo el espectro bucólico-pastoril posible. Desde la forma y peso del cayado del pastor, hasta el porte y balido de la oveja más vetusta. Entonces, ¿qué hace?... Se pone a contar las ovejas, que es otro modo de decir que se va a la luna. Cuenta noventa y nueve, lógicamente. Falta una, caramba. Sale pues entre los cerros y quebradas a por ella, sin darse cuenta que la loca de la casa lo tiene ya entre las cuerdas, desviado no sólo del camino emprendido en la oración preparatoria, sino también de la parábola propuesta, y, saltando de san Juan a san Lucas como quien va a lo del vecino a pedir azúcar, cae en las parábolas de la misericordia, volviéndose a los tópicos de la primera semana. En fin, así se pasan los minutos de la contemplación y el meditabundo camina entre las colinas como de paseo, en vez de por lo menos estarse diligente, con prisa, pena y compasión por la suerte de la descarriada. Aunque a este punto no sabemos quién está más descarriado. Deambula lo más campante, sin poder distinguir si contempla o recuerda viejas fábulas. Pues nada, que la encuentra a la pobre oveja y que la carga sobre sus hombros.

*...la toma entre sus manos,
le cura toda herida,
la adorna con sus dones,
la lleva a su redil con sus hermanos.*

Y mientras la lleva, he aquí que toda la sustancia de la contemplación se precipita, como una granizada, sobre sus tres potencias, que ya andaban inquietas de tanta inactividad. Pónese por fin la memoria a recordar, la inteligencia a discurrir y la voluntad a mover los afectos. Y las verdades evangélicas ahora marchan delante de él como lo que verdaderamente son, esto es, un llamado poderosísimo a la atención para todos los que pretendemos seguir el ejemplo del Buen Pastor, pero que venimos bastante rezagados. Y esto es lo que dicen algunas de aquellas verdades, y quieren dar a estas líneas, yo espero, mayor estima y momento:

¹ Especialmente los de sangre: Diego, Joaquín, Bernardo, Gonzalo y Santiago. Y en profundo agradecimiento al P Barattero por la predicación de los ejercicios. Por la preparación de los mismos y su dedicación. Muchas de las ideas aquí vertidas salieron de sus puntos.

1) Que el buen pastor es un hombre principalmente contemplativo y por consecuencia apostólico, pues primero abreva su ánimo en la oración, lugar único, privilegiado e indispensable para la unión con Dios, es decir, su ambiente natural, sin el cual moriría de inanición y sus fuerzas declinarían al primer contacto con la recia naturaleza y ambiente hostil por donde debe andar, de día en día, llevando a sus ovejas hacia el cielo.

El lugar natural de una boya en el agua es la superficie. Si se hunde, se debe a que un peso ejerce una fuerza que la empuja hacia el fondo. Mas cuando esa fuerza la libera, ella vuelve naturalmente hacia arriba. Así también sucede con un buen pastor. Su lugar natural es la oración, la actividad pastoral es el peso que lo empuja hacia abajo (para rescatar lo que está allá abajo), pero naturalmente se eleva en cuanto la fuerza del trabajo apostólico se lo permite. Si se llena de las aguas del mundo, permanece hundido y pierde la tensión de lo alto, o sea, su razón de ser. Por eso los pastores siempre buscan un lugar elevado, *el uno necesario*, desde donde el ánimo puede velar mejor, y en Dios, precaverse de los peligros de lobos y ladrones. Las ovejas, en las faldas de aquella elevación, pastan a sus anchas, se sienten más seguras, pues su pastor tiene los pies en la tierra, la mirada atenta hacia el horizonte, pero principalmente, el corazón ardiente en el cielo. Se afana por ellas de rato en rato, camina con ellas para buscar nuevos pastos, pero, cuando el peso de aquella actividad cesa, se eleva siempre a su espacio predilecto, a la primacía de lo espiritual, y si ha de descansar, deja su báculo clavado en tierra, de pie, y apuntando hacia lo alto, sabiendo las ovejas que deben quedarse allí, mientras su pastor reposa. Es que todo buen pastor deja clavadas en el alma de sus fieles las máximas cristianas que las afirman en la seguridad que viene de lo alto.

Sí, es un hombre de oración y, si no, dejaría de ser pastor. Pues todo buen pastor es de Cristo, y a Cristo se lo conoce y ama en la oración. De ese conocimiento nace el amor para con las ovejas, inaugurándose así, toda vida apostólica. Surge ésta espontáneamente y como por necesidad, de la fuente de la oración, quedando así destruida para siempre toda dialéctica falsa entre contemplación y acción, y confirmada, como es debido, la subordinación de ésta última para con la primera. Apostolado y oración pues, van de la mano. Pierde el tiempo el pastor que anda en activismos, y no repara en que la oración es para el pastoreo, lo que el agua para el pez. Es elemento vital, innegociable, que de perderse, se pierde la inteligencia de todas las cosas, la sabiduría, que es sabor, norte y rumbo. Pues el apostolado sin oración estará siempre carenciado del elemento escatológico, y así termina confundándose en el horizonte miserable de la temporalidad.

*Hollandando su camino sinodal,
ahí van pastor y ovejas sin saber
dónde queda el destino celestial.*

Pero el buen pastor, como se ha dicho, sabe ir con su rebaño, haciendo las pausas debidas, para mirar al cielo, por su bien y por el de las ovejas, que nadie está para caminar todo el santo día. Mira al cielo para examinar las prioridades y derribar cualquier intromisión frenética de la ciudad terrena. Por eso, mientras el rebaño descansa, y se alimenta en la pastura, él vela, en el silencio de Dios, y a Dios le consagra sus jornadas. Ve a Dios en la luna y en la flor, porque es un poeta. Lo ve en el ser de cada ser, en el origen de las estaciones y en la armonía de un

amanecer, porque es un metafísico. Cuando arremete el lobo, también lo ve, en su intrépido cayado y en el zumbido de su honda, porque es un guerrero. Lo ve en fin con la fe, en las cruces, asperezas y humildades de su oficio, porque es un hombre religioso.

2) Otra verdad sobre la que nuestro piadoso ejercitante pudo volcar todo su afecto, es **que el buen pastor conoce a sus ovejas** (Jn 10,14), pero no con un conocimiento superficial sino íntimo, que es conocimiento de amor, del cual se desprende el cuidado diligente de las ovejas, especialmente las más débiles. El mercenario también las conoce, se podría decir, pero no las ama. “Si las ovejas pecan, ¡allá ellas!”, dirá él, aprovechándose mientras tanto de la ganancia que le da este trabajo tan pobremente realizado. Pero el buen pastor por amor trabaja en el rebaño y para el rebaño. El asalariado, en cambio, trabaja en el rebaño pero para sí mismo, por amor propio, principal enemigo de todo trabajo pastoral. El rebaño le da leche y lana², o sea, comida y honor, pero él no lo apacienta:

*Ya tengo suficiente leche y lana,
pues, que cada cual haga de su vida
lo que le dé la regalada gana.*

Tan otro es el estilo del buen pastor. El opuesto. *Pues él conoce la intrínseca y mística relación que existe entre el gastarse y desgastarse y el ministerio recibido* (2 Cor 12,15). Conoce y ama a sus ovejas, sintiendo interiormente la triple pregunta y su triple consecuencia que escuchara aquel impulsivo pescador de Galilea que se ganó el corazón de su Señor Resucitado: “¿Me amas?... Apacienta mis ovejas” (Jn 21,15).

3) Mas la última verdad que el ejercitante pudo rumiar una y otra vez, es la verdad superior y nota fundamental si de la esencia del pastoreo se trata. Y es **que el Buen Pastor da la vida por las ovejas** (Jn 10, 11). En otras palabras, él es pastor, sacerdote y víctima. Ofrece un víctima que es él mismo, y lo hace para gloria de Dios y por el bien de sus ovejas. Como reza el canto popular:

*Altísimo Señor,
que supiste juntar,
a un tiempo en el altar,
ser cordero y pastor...*

Es decir, así como no es asalariado, tampoco es un sacerdote del Antiguo Testamento, el cual no estaba identificado con la víctima y solamente cumplía el ritual sin tener que estar sobre el altar ni derramar ni una gota de su sangre. El sacerdote y pastor del Nuevo Testamento, en cambio, es otro Cristo³, y como tal, no puede trabajar en el altar como quien cumple un oficio

² cfr. Ez 34,3.

³ Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE. *La unión del sacerdote con Cristo Sacerdote y Víctima*. Madrid 1962, p. 99: “El sacerdote del Nuevo Testamento tiene en sus manos, no un cordero o una paloma, sino una víctima de valor infinito, una víctima de amor. A ella debe unirse íntimamente, debiendo ser él, por tanto, sacerdote y hostia a la vez. De otra suerte, no será Alter Christus. El sacerdote no puede renunciar a esta oblación de sí. Si limita su concurso a pronunciar las palabras de la consagración y de las oraciones de la Misa, el sacerdote será como un cuerpo sin alma, un cadáver sin vida; aún más: según ha dicho alguien, será como un verdugo de Cristo que concurre materialmente a su crucifixión, como un clavo hincado en las manos del Señor”.

frío y calculador. No, él debe cumplir el *officium amoris*⁴, por el cual es capaz de *pasar por encima de su propia voluntad* y subirse al altar con todo su ser, para morir allí por él, con él y en él, es decir, la Víctima. Y ahí está el secreto de toda su vida pastoral, en el verdadero sentido del sacrificio eucarístico, instituido por el Pastor de los pastores. De ahí que ningún pastor de corazón noble realice su labor en el altar sin querer mancharse, como si fuera un verdugo de Cristo, con un corazón lejano, encerrado en su rutina, en su ritual, y apartado de la víctima. Tampoco se comporta como un carnicero⁵, el cual no repara en lo que mata o destroza, sino solamente en su negocio y su provecho. No, el buen pastor, que entrega su propia vida, tiene como provecho solamente la victoria de la cruz y el *triumfo de la Misa*⁶, que alcanza mediante una ardiente participación en la misma.

*No quiere ser un torpe carnicero,
que degüella sin más, desentendido,
quiere verse con Cristo allí rendido,
triunfante, en este invicto derrotero*⁷.

En fin, el buen pastor, no trabaja para sí mismo, pero aplasta su amor propio, y porque *su obsesión es hacer la voluntad de Dios*, y no la suya propia, se dispone a morir una y mil veces si fuera necesario para vivir según el Misterio, la gloria de Dios y la salvación de las ovejas.

Empapado, entonces, de todas estas verdades y de muchas más que quedan en el tintero, nuestro fiel ejercitante se mete, para coronar su contemplación, en el fuego de los coloquios, donde su corazón late al unísono con la Virgen María, con Jesucristo, y con el Padre. Los

⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium tractatus* 123, 5: PL 35,1967; Cfr. P. CARLOS M. BUELA, *El Señor es mi Pastor*, p. 214: “si falta el oficio del amor, no hay pastor que valga. Será un burócrata, un tinterillo, un rábula..., pero no un buen pastor. Podrá saber los distintos tipos de métodos pastorales, pero si falta el amor, concreto y eficaz al prójimo, será como «bronce que suena o címbalo que retiñe... no sería nada... de nada serviría» (1 Cor 1,1-3).”

⁵ Cfr. PADRE PIO DE PIETRELCINA, narra una visión de Jesús sufriente: “Él miraba a aquellos sacerdotes hasta que, como cansado de hacerlo, retiró la vista y, con gran espanto mío, pude apreciar que dos lágrimas le surcaban las mejillas. Se alejó de aquellos sacerdotes con expresión de gran disgusto y desprecio, llamándolos ¡carniceros! Y vuelto hacia mí, dijo: “Hijo mío, no creas que mi agonía haya durado tres horas; no, yo estaré en agonía por motivo de las almas más favorecidas por mí hasta el fin del mundo. Durante el tiempo de mi agonía, hijo mío, no hay que dormir. Mi alma busca una gotita de compasión humana, pero ¡ay!, qué mal corresponden a mi amor. Lo que más me hace sufrir es que éstos, a su indiferencia añaden el desprecio y la incredulidad.” *Carta a su director espiritual*, 19 de marzo de 1913.

⁶ Es decir, “ser triunfadores en la Cena.” Esta frase está en la oración de renovación de votos de cada mes, y está tomada de una expresión de NICOLÁS CABASILAS en su obra *La vida en Cristo* (lib. 1: PG 150, 515). Allí dice: “La forma por la que atraemos la vida a nuestras almas, es esta: ser iniciado en los misterios, ser bautizado, crismado y gozar de la Mesa santa. Porque quienes hacen todo eso, Cristo habita y mora en ellos; se viene y nace en ellos y asfixia el pecado en nosotros y nos infunde su propia vida y su victoria, haciéndonos partícipes de su triunfo. ¡Oh bondad! ¡Ciñe la corona a los que se bañan y **proclama vencedores a los que participan del banquete!** (δειπνοῦντας ἀνακηρύττει, literalmente, “aclama a los que están cenando”, coenantibus praeconium tribuit).” (Lib.1,54). Y más adelante señala: “En la Mesa está con ellos diligentemente (τραπέζης σύνεστιν ἀκριβῶς) y comparte la competición con ellos. Tras la separación de la muerte será juez de los juegos y se sentará como juez de los santos con los que ha compartido fatigas. Luego, Él, en persona, será la corona de quienes haya que proclamar **vencedores** (νικητὰς ἀποδεδειγμένους ἀναδῆσαι δεῖσαν)”. (Lib.4,63) Y luego: “De esta manera, el banquete sagrado hace que Cristo [...] sea nuestro bien, hasta el punto de que nos gloriamos en sus méritos y nos tenemos por vencedores, como si los éxitos fueran nuestros, y se nos denomina con el nombre de sus títulos, a condición de que guardemos la comunión con Él. [...] Nada se exige de nuestra parte, sino llevar en el alma lo que pertenece a Cristo y seguir llevándolo al morir, y, antes de recibir el premio, hacer ver por todos los medios semejante sabiduría y riqueza nueva, sin adición de falsa moneda, porque en el cielo solo ella alcanza para adquirir el reino. (Lib.4,84-85).

⁷ La Misa bien vivida es un camino seguro e infalible al cielo.

importuna, uno por uno, para que le den el privilegio de vivir la vida verdadera en la bandera de Cristo Rey, Buen Pastor, Sumo y Eterno Sacerdote y Víctima Perfecta. Y si la carne se rebela⁸, se afirma en sus peticiones actuando contra todo aborrecimiento, *desterrando de sí toda queja*, y eligiendo lo que eligió Cristo. Que esa es la más excelente manera de vivir.

*Ofrezco el sacrificio y me pregunto,
con un ay en la boca y cuatro adentro
del corazón: “¿por qué yo no me encuentro
tendido en el altar, de amor trasunto?”*

*Es que no me he atrevido hasta este punto
a estar con vos, Señor, allí en el centro
para morir también; y no me adentro
en ese cáliz con mi ser consunto.*

*¡Qué poco sacerdote debo ser!,
cada día hago un fuego sin quemarme,
verdugo tuyo soy sin inmolarme.*

*Ya mismo, Buen Pastor, quiero arrimarme,
ser víctima con vos y no olvidarme
que mi oficio es amarte y padecer.*

P. Javier Ibarra, IVE
Agosto, 2025

⁸ Ejercicios Espirituales, 157.